

Embrião de Pilar Domingo 2001, pintura en relieve con pigmentos naturales, Rio de Janeiro – Brasil



Poetizando Desarraigos*,**

Poeticizing Uprooting // Poetizando o Desenraizamento

Sandra Camacho López***

Universidad de Antioquia, Colombia

sandra.camachol@udea.edu.co

Revista Corpo-grafías: Estudios Críticos de y desde los Cuerpos / volumen 10 - número 10 / enero-diciembre del 2023 / ISSN impreso 2390-0288, ISSN digital 2590-9398 / Bogotá, D.C., Colombia / pp. 271-285

Cómo citar este artículo: Camacho, S. (2023, enero-diciembre). Poetizando desarraigos. *Revista Corpo-grafías: Estudios Críticos de y desde los Cuerpos*, 10(10), pp. 271-285 . ISSN 2390-0288.

Fecha de recepción: 19 de octubre del 2019

Fecha de aceptación: 16 de diciembre del 2022



Doi: <https://doi.org/10.14483/25909398.20303>

* **Artículo de reflexión:** este artículo expone una conceptualización del tema del desarraigo que nace de una experiencia práctica a través de las artes. Esta conceptualización desde lo práctico entra en diálogo con los resultados de análisis teóricos de una investigación hecha hace algunos años sobre las poéticas del desarraigo en algunas dramaturgias contemporáneas. Estos diálogos entre lo teórico y lo práctico enriquecen el concepto, pues permiten encontrar nuevos lineamientos de reflexión en torno a la definición del desarraigo, de cómo se vive en la realidad y de ciertos mecanismos que desarrollan las personas para vivir con él.

** Este artículo ha sido elaborado en el contexto del Proyecto Transformar la Migración por las Artes (TransMigrARTS), el cual ha sido financiado por el Programa de Investigación e Innovación Horizonte 2020 de la Unión Europea bajo el Marie Skłodowska-Curie GA No 101007587.

*** Actriz, directora, investigadora y profesora vinculada de tiempo completo a la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia de Medellín. Es Doctora (PhD) y Magíster en Teatro y Artes del Espectáculo en la Universidad Sorbonne-Nouvelle, París 3. Después de haberse graduado como Maestra en Artes escénicas en la Academia Superior de Artes de Bogotá (Facultad de Artes ASAB- de la Universidad Distrital), obtuvo la beca «Carolina Oramas para artistas» para realizar estudios en el Instituto del Teatro de Barcelona. También es Psicóloga. Sus campos de investigación están encaminados hacia lo trágico, las dramaturgias contemporáneas y el trabajo actoral en las escenas de hoy desde la investigación-creación. Las representaciones del desarraigo, del encierro, del horror y de la barbarie, así que el trabajo del actor creador en las dramaturgias contemporáneas han sido algunos de los puntos de partida para sus diversas investigaciones, ponencias y publicaciones. Adicionalmente, hace parte del equipo de investigadores del proyecto TransmigrARTS.

Resumen

Abordar el tema del desarraigo desde las prácticas artísticas ofrece múltiples posibilidades. En esta ocasión, se quiso abordar a través de un taller artístico titulado “Poetizando Desarraigos”, dentro del marco del segundo Taller Itinerante de Artes para la Paz (TIAP) de la investigación TransmigrArts. Este taller tenía como finalidad crear un espacio de expresión a través de juegos escénicos que involucran el cuerpo, el espacio, la imaginación, la voz, entre otros elementos, para llegar de manera simbólica y poética a sentimientos y sensaciones de desarraigo. A través de ciertos ejercicios apoyados en nociones teóricas, se buscaba despertar recuerdos, historias y memorias corporales, espaciales, sonoras y objetuales de los participantes, con el fin de reconstruir y transformar, desde una perspectiva artística, lo que para las y los participantes pudiese ser la noción de experiencias de desarraigo, contribuyendo así a uno de los objetivos del TIAP: “incidir en el mejoramiento de los individuos, sus comunidades y territorios”.

Palabras clave

Desarraigo, investigación creación, taller artístico, TIAP, TransmigrARTS

Abstract

Exploring the concept of uprooting through artistic practices offers numerous possibilities. In this particular case, the concept was approached through an artistic workshop entitled “Poetizing uprooting”, which was conducted as part of the second Itinerant Workshop of Arts for Peace (TIAP) within the TransmigrArts research project. The purpose of this workshop was to create a space for expression through scenic games that involved using the body, space, imagination, voice, and anything that could enable participants to experiment feelings and sensations of rootlessness in a symbolic and poetic way. By employing specific exercises informed by theoretical notions, the intention was to awaken bodily, spatial, sound,

and object memories, as well as stories and memories. From an artistic point of view, this process sought to reconstruct and transform participants’ understanding of uprooting, thus contributing to one of the objectives of TIAP: “to influence the improvement of individuals, their communities, and territories”.

Keywords

Uprooting, creation research, artistic workshop, TIAP, TransmigrARTS

Resumo

Abordar a questão do desenraizamento das práticas artísticas tem múltiplas possibilidades. Para esta ocasião, eles queriam abordar através de uma oficina artística intitulada “Desarraigando Poetizando” no âmbito da segunda Oficina Itinerante de Artes pela Paz (TIAP) da investigação TransmigrArts. O objetivo desta oficina foi criar um espaço de expressão através de jogos cênicos com o corpo, o espaço, a imaginação, a voz... que nos permitisse alcançar sentimentos e sensações de desenraizamento de forma simbólica e poética. Através de alguns exercícios apoiados em noções teóricas, buscou-se despertar memórias, histórias e memórias corporais, espaciais, sonoras e objetais, a fim de reconstruir e transformar, do ponto de vista artístico, o que para os participantes poderia ser a noção de experiências de desenraizar e contribuir desta forma para um dos objetivos do TIAP: “influenciar a melhoria dos indivíduos, suas comunidades e territórios”.

Palavras-chave

Desenraizamento, pesquisa de criação, oficina artística, TIAP, TransmigrARTS.

Agradecimientos

Las reflexiones que se presentan aquí surgen del taller “Poetizando desarraigos”, el cual hace parte del Taller Itinerante de Artes para la Paz (TIAP) en el marco del programa de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia: La Paz Es una Obra de Arte, y el proyecto de investigación Transforming Migrations by Arts (TransmigrArts) financiado por la Unión Europea, a través de la convocatoria RISE de Marie Skłodowska-Curie Actions (2021-2025).

El desarraigo no se vive de una sola manera, sino que puede manifestarse a través de diversas sensaciones:

La imposibilidad de crear lazos con un espacio geográfico, con un grupo de personas o con un lugar en el que se esté obligado a estar. Desarraigo como impedimento de pertenencia e identidad. Desarraigo como necesidad de estar en otro lado estando acá, añorando, buscando siempre, sin saber exactamente qué. Desarraigo como proceso de extracción de la raíz que mantenía el sentido de pertenencia a un lugar, a una situación, a una relación. (Camacho López, 2015, p. 5)

Como consecuencia de tal diversidad de experiencias, el desarraigo ha sido abordado de múltiples formas a través de las prácticas artísticas escénicas. Por ejemplo, el texto *Trilogías del desarraigo* (2015), publicado por el dramaturgo argentino Luis Quinteros, o las diferentes puestas en escena y creaciones performativas, como la puesta Desarraigo del grupo Teatro del Ausente. El desarraigo también ha sido objeto de estudio de la investigación académica. Así, en 2015 realizamos una contribución con IDARTES de la Alcaldía Mayor de Bogotá, titulada *Poéticas del desarraigo: la palabra y el cuerpo en las dramaturgias femeninas contemporáneas* (Camacho López, 2015).

En esta ocasión, sin embargo, nos propusimos abordar el desarraigo a través del taller interdisciplinar titulado

“Poetizando desarraigos”. Este taller fue desarrollado en el marco del segundo Taller Itinerante de Artes para la Paz (TIAP: febrero-julio 2022), el cual fue liderado por la profesora Ana Milena Velásquez y formó parte del programa de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia denominado “La Paz es una Obra de Arte”. Este taller asimismo se enmarca en el proyecto de investigación “Transforming Migrations by Arts (TransmigrArts)”, el cual recibió financiamiento de la Unión Europea a través de la convocatoria RISE (2021-2025). Adicionalmente, cuenta con el apoyo de la Facultad Nacional de Salud Pública y se llevó a cabo en colaboración con la Unidad Especial de Paz de la Universidad de Antioquia.

El taller artístico “Poetizando Desarraigos” consistió en dos intervenciones de cuatro horas cada una, las cuales buscaban crear un espacio de expresión a través de juegos escénicos que involucraban el cuerpo, el espacio, la imaginación y la voz. Su propósito principal era evocar de manera simbólica y poética sentimientos y sensaciones de desarraigo. A través de los ejercicios propuestos, se esperaba despertar los recuerdos, las historias y las memorias corporales, espaciales, sonoras y objetuales, para reconstruir y transformar desde lo artístico las nociones de desarraigo de los y las participantes, y aportar de esta manera a uno de los objetivos del TIAP: “incidir en el mejoramiento de los individuos, sus comunidades y territorios”.

El grupo de participantes estuvo compuesto por aproximadamente dieciséis lideresas y líderes sociales que se dedican a gestionar y llevar a cabo proyectos en sus comunidades, y que han experimentado de forma directa o indirecta el desplazamiento forzado en Colombia. Algunas de las personas que participaron en el taller se vieron obligadas a abandonar sus territorios de origen por diferentes razones, entre otras, la violencia, el abandono, la pérdida de la familia, casa o empleo. También hubo quienes decidieron partir de sus territorios por elección propia, buscando un mejor lugar para vivir y para cumplir

sus proyectos personales y sociales que no eran posibles en sus propios territorios.

Ante estas circunstancias, cuando se propuso este taller surgió la pregunta: ¿Existen sensaciones difíciles de sobrellevar para aquellos que se sienten desarraigados? Igualmente, se partió de la idea de que las personas desplazadas podrían desarrollar sentimientos como “la soledad, el rechazo inconsciente a lo nuevo, la añoranza, la frustración permanente, el miedo al fracaso”, los cuales son descritos como “figuras emocionales que acompañan al desarraigo” por el profesor Máximo Rodríguez de la Universidad de Barcelona (Camacho, 2015, p. 10).

Al emprender este taller teatral con personas que habían experimentado el desarraigo en diferentes formas durante sus vidas, como artista-tallerista, era fundamental cuidar cada acción, cada palabra y cada actividad propuesta a los participantes para velar por su bienestar. Entrar en el universo íntimo de personas vulnerables implica abrir puertas emocionales hacia sus historias personales y colectivas, descubriendo recuerdos que quizás habían estado ocultos por mucho tiempo y que, por diversas razones, no habían sido expresados y tal vez nunca lo serían. Con el fin de brindar apoyo preventivo, el taller contaba con el acompañamiento permanente de una psicóloga y de mí misma, en mi rol de tallerista, artista escénica y psicóloga. En consecuencia, reconocíamos la necesidad de una escucha permanente frente a ciertas actitudes, palabras y gestos que pudieran surgir y que requerían una atención inmediata para no lastimar ni superar los límites establecidos por los y las participantes.

En este contexto, se retomaron algunos aspectos encontrados en nuestra investigación de 2015 realizada en Bogotá sobre el uso del desarraigo como figura de creación poética en las obras teatrales de tres dramaturgas colombianas: Ana Vallejo, Carolina Vivas y Victoria Valen-

cia.¹ Estos aspectos sirvieron como antecedentes para el inicio de este taller y para la planeación de los ejercicios que se harían con el grupo. Consideramos importante señalar estos aspectos a continuación para entender, por una parte, el planteamiento de los ejercicios y, por otra parte, por qué fue interesante ver durante el proceso del taller que, de los hallazgos de una investigación anterior y teórica, ciertos elementos se corroboraban y otros se transformaban.

Ejercicio 1. Desde el Centro Vital Hacia lo Colectivo

Para entender ciertos aspectos que generan sensaciones de desarraigo en la sociedad actual es fundamental explorar las formas en que las personas se relacionan entre sí y con su entorno. Asimismo, debe considerarse cómo cada individuo es acogido por los demás y por la sociedad en la que se instala. Vivimos en la época de la rapidez, de la imagen inmediata, de la apariencia como fin de felicidad. Estos tiempos de lo efímero y del desecho han precipitado la imposibilidad del encuentro pausado, profundo, continuo frente al otro. A partir de pensar en esas relaciones que se han forjado y que luego se debilitan o en esas relaciones imposibles de establecer debido a los espacios y tiempos precipitados, surge una primera reflexión sobre uno de los elementos que puede contener el desarraigo:

El desarraigo es una combinación de sentimientos encontrados . . . todo se reduce a una cuestión cuasi-personal-social, el círculo que rodea al sujeto, la micro sociedad que se crea a su alrededor es lo que determina su vida; es lo que condiciona la forma en que percibe la realidad y en cómo la asume. (Rodríguez, 2012, pp. 63-64).

¹ Esta investigación fue posible gracias a la beca otorgada por el Programa de Estímulos de la Alcaldía Mayor, a través del Instituto Distrital de las Artes (IDARTES-2014-2015).

Para incentivar el encuentro, se propone entonces un ejercicio a partir de lo que el director teatral y teórico francés Patrick Pezin (2002) denomina el espacio vital y el espacio colectivo. Este ejercicio va más allá de tratar de explicar a las personas participantes en términos psicológicos. Lo que busca es fomentar la reflexión sobre el lugar que cada persona ocupa en ese momento desde una perspectiva somática (conciencia corporal) y proxémica (cuerpo en relación con el espacio y los otros). El lugar al que se hace referencia es un lugar que cada persona entienda como propio y que tenga sus propios límites, pues termina cuando toca los límites de los otros que le rodean.

Así pues, para comenzar se les pidió a los participantes poner una de sus manos en el suelo y pegarla allí con fuerza, como si estuviera adherida con cemento o pegante, de tal manera que fuera imposible de despegar. En esta posición, se exploró hasta dónde podían extenderse sus cuerpos a partir de su propio centro, constituido por su mano adherida al piso. Se les pidió explorar las distintas posibilidades de movimiento que les permitían sus cuerpos en dichas condiciones de espacio: hacia arriba, por el suelo, por los diversos lados; no obstante, siempre cuidando no tocar a las/los compañeros/as. Así pues, los y las participantes pudieron hacer conciencia de la amplitud del espacio ocupado por sus cuerpos, partiendo de la idea de que era como una burbuja en la cual se podían mover libremente porque era la suya, propia e íntima, la cual nadie podía hacerle explotar y, por tanto, no podría hacer estallar la de nadie tampoco.

Una vez hecha la suficiente exploración, debían comenzar a desplazarse por el espacio, siempre manteniéndose al interior de su burbuja, como si estuvieran al interior de pompas de jabón. El ejercicio de desplazamiento implicaba también considerar la presencia de quienes se les acercaba o pasaban por su lado. Para ello, se les dio la instrucción de mirarse a los ojos, descubrir las otras burbujas y dejarse ver en la suya propia. Lo más importante

era que si llegasen a tocarse los límites de sus burbujas, debían hacerlo muy suavemente, cuidándose mutuamente y sin transgredir el espacio vital del compañero/a.

Este ejercicio permitió apropiarse del cuerpo y, sobre todo, dialogar con los otros cuerpos, particularmente mediante el juego con los espacios propios. Para facilitar este ejercicio, la tallerista redujo paulatinamente el espacio de trabajo en el salón. Ella comenzó a ponerles límites y fronteras que ya no podían transgredir, recurriendo a objetos o cintas por los cuatro lados del espacio. Estos objetos se iban poniendo en una línea que reducía el espacio colectivo y, por tanto, el espacio personal. La pregunta que guiaba la exploración en esta parte del ejercicio era: ¿Cómo mantener su espacio vital en un espacio colectivo que se iba estrechando cada vez más? Esto surgía de la reflexión de que permanentemente en la cotidianidad, en la calle, por ejemplo, se vive esta estrechez, pero no siempre se es consciente de ello. Precisamente la prisa y las dinámicas del mundo urbano no dan tiempo a mirarse y a cuidarse mutuamente en cada paso que se da.

Así pues, se redujo el espacio de trabajo hasta un metro cuadrado, y aunque los espacios vitales y colectivos se disminuyeran, se les exigía a los participantes no tocarse entre sí y continuar atravesando el espacio, caminando de un extremo a otro, sin importar cuán reducido fuera. Se les recordaba constantemente la importancia de tener en cuenta los límites y cuidar esa “burbuja” personal. Aunque estuvieran tan estrechos como en un bus urbano o en un vagón de metro, debían tener presente que el respeto por los demás era necesario. Ninguna burbuja podía estallar por más cercana que se encontrara de las otras.

De esta manera, se logró establecer una confianza grupal de cuidado a través de los cuerpos en el espacio. La creación de esa “micro sociedad”, mencionada por Máximo Rodríguez en la cita anterior, es posible en un espacio de

trabajo que fomenta el restablecimiento de las relaciones con su entorno y el surgimiento de *lazos nuevos*.

Ejercicio 2. Echar Raíces

Simone Weil en su libro *Echar raíces*, el cual, según su subtítulo, es un “preludio para una declaración de los deberes hacia el ser humano”,² asegura que “echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana”. (Weil, 1996, p. 51) . . . Cuando se piensa en las raíces, se piensa en la tierra que se cultiva y que gracias al alimento natural que esta proporciona, una planta puede asirse, fortificarse, crecer y dar sus frutos como una posibilidad de conservarse a sí misma y también de conservar a los otros que de ella nacen, a los que llegarán después de ella. Esto lo reafirma también Carmen Neira Fernández en su libro *Voces del desarraigo* cuando asegura que echar raíces sería “como una metáfora de origen vegetal que nos abre un universo de sentido. Las raíces son las que fijan, profundizan, alimentan, mantienen la planta” (2009, p. 13). (Camacho, 2015, pp. 31-32)

¿Qué pasa cuando se pierden las raíces, cuando de repente se desvanece el sustento que alimentaba a una familia, cuando desaparece una casa, una relación, un grupo o una sociedad de un día para el otro? El universo poético de las artes escénicas de un país como Colombia, que ha producido una conciencia y una visión de mundo que demuestra la relación intrínseca entre la producción artística y la realidad de quienes son exiliados de su entorno familiar, espiritual, social y nacional ha puesto en relieve el profundo sufrimiento que experimentan los seres humanos cuando sus raíces son arrancadas por la fuerza.

La metáfora de la planta, representando el cuerpo enraizado de los participantes, fue utilizada para crear un ejer-

cicio que les permitiera encontrar en sus pies un sustento sólido. Se les invitó a sentir todo el peso de su cuerpo en las plantas de sus pies, imaginando cómo estas echaban raíces y absorbían la savia que subía por su cuerpo. El cuerpo se convirtió en el tronco, los brazos en las ramas, y las manos y dedos en las hojas. La tierra que estaba debajo de ellos los halaba hacia el fondo, mientras que sus brazos, sus manos y sus dedos como hojas se dejaban mover por el viento y se estiraban para ir hacia el sol a recibir su calor y su luz.

El eje que se extiende desde la tierra hacia el cielo permitía al cuerpo encontrar movimientos profundos, a pesar de la aparente inmovilidad espacial de sentirse arraigados con sus pies en el piso. Aunque no podían desplazarse utilizando los pies, descubrían otros movimientos que se manifestaban de formas distintas a las habituales en la cotidianidad. Los pies, como raíces, invitaban a mantener un movimiento profundo hacia abajo y, a partir de ellos, el resto del cuerpo podía sentir su libertad, su alimento, su capacidad de mantenerse en pie. ¿Qué tipo de planta es cada una/o?, ¿cómo se muestra ante los demás?, ¿cómo se construye un bosque entre todo/as y cómo se interconectan las raíces entre estas plantas y árboles que están allí? El juego entre los participantes creaba una atmósfera apacible, llena de luz, de viento, de comunicación a través de la tierra que pisaban y sus ramas que se movían.

Posteriormente, cada una/o debía desplazarse por el espacio desde sus raíces y poco a poco debían encontrar un lugar en el salón en el que quisieran permanecer y se sintieran bien. Era necesario tener cuidado con los lugares de los demás, dándoles espacio y teniendo todos/as un lugar lo suficientemente grande para poder moverse.

Ejercicio 3. Construir mi Casa Ideal

¿De cuántas y de qué cosas hemos tenido que separarnos, hemos perdido o nos las han quitado a lo largo de

² Si bien la traducción española aquí consultada no tiene en cuenta el subtítulo, este puede ser leído en el original: *L'enracinement: prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain* (Weil, 1962).

nuestra vida? Cosas valiosas no por su precio material, sino porque nos mantiene el recuerdo de alguien o de algo que sucedió. ¿Cuántas veces hemos tenido que despedirnos de los seres que amamos a causa de las separaciones, de los abandonos, de las muertes, de los viajes, de la necesidad de huir o de las ilusiones de algo más allá de lo presente? ¿cuántas veces nos hemos ido y cuántas veces hemos vuelto? En ese ir y venir de nuestra vida, hemos creado lazos que debemos luego cortar. Alejarse del hogar en el que se respiraba seguridad también nos desestabiliza ante la incertidumbre de lo que depara el futuro.

Con lo anterior en mente, la tercera propuesta para el taller consistió en un ejercicio de imaginación en el cual el cuerpo se convertía en una suerte de pincel o de cincel que contribuía a construir, en un espacio escogido por cada una de las personas, su propia casa, su propio lugar. En un punto del espacio en el que recuperaban su espacio vital y mostraban cuidado hacia los demás, cada individuo imaginaba y construía cómo era su casa soñada, involucrando todo su cuerpo a través del movimiento y siguiendo el ritmo de una música inspiradora que los acompañaba en ese sentimiento de construir un lugar habitable para su existencia, un lugar del cual pudieran apropiarse porque estaba construido a partir de sus propias maneras de sentir y de ver el mundo.

Para el ejercicio, era importante que cada participante, antes de construir su casa, arreglara el terreno en el que se erigaría. Esto implicaba decidir con qué material o materiales se quería construir esa casa, cómo estaba distribuida, qué cosas se ponían allí. Además, con el fin de edificar una casa para sí mismos y con todo lo que quisieran incorporar, era necesario plantearse preguntas como: ¿Estaría solo/a en esta casa? o ¿con quiénes viviría?, ¿qué colores tendría?, ¿a qué olería?, ¿qué se respiraría en ella?, ¿qué se escucharía allí?, ¿qué formas tendría? En este proceso, el cuerpo era el mayor dibujante, era el que le daba color y forma a este espacio. Una

vez terminada la casa, podían salir a mirarla y también entrar a habitarla, llenarse de ella y poner allí todo su ser a través del movimiento. Allí se echaban raíces.

Los/las participantes durante el diálogo que tuvimos en círculo entre todos al finalizar las dos sesiones de taller expresaron sobre este ejercicio sentir sensaciones como las listadas a continuación:

- Uno se sentía acogido, uno era de ese lugar.
- Esa casa estaba hecha de mí.
- Estaba muy cerca de todo en ese lugar, me sentía más tibio, estaba en contacto con todo lo que estaba ahí.
- Construir esta casa me dio la posibilidad de transportarme, de crear sin ser juzgado. Me gusta la selva y al lado del mar estaba la casa que construí.
- Construyendo mi casa, no hice nada más que volver a mi infancia.

Como se puede observar, el ejercicio de construcción de un lugar propio despertó recuerdos, sensaciones y añoranzas en cada participante. Construir “su casa” permitió retomar el viaje hacia sí misma/o, hacia su origen, hacia “su mundo”. En palabras de los participantes, “la casa estaba hecha de mí. . . de lo que soy, de lo que me compone; de aquello que me hace ser y con lo que me identifico”. Para cada participante, la casa estaba construida desde su ser íntimo hacia el mundo. De acuerdo con Aguilar Rocha, “la casa onírica es una imagen que, a través del recuerdo, se transforma en una fuerza de protección”. (Aguilar Rocha, 2013, p. 133). Cuando los participantes señalaban de esas sensaciones de estar al interior de su casa soñada, se referían a esa protección, a la infancia y a la seguridad que brinda el recogimiento. “La casa de uno es muy fuerte, pero donde estoy yo es mi hogar”, decía una de las participantes.

Ejercicio 4. Perder mi Casa

Las personas que experimentan el desarraigo han perdido muchas cosas, hasta su casa, su familia, sus hijos. Ellas deben sufrir el abandono, las muertes violentas y el desplazamiento en condiciones de guerra. De esta manera, pierden los bienes materiales que poseían, al igual que sus relaciones y proyectos de vida. En consecuencia, es posible encontrar personas que viven “el sentimiento de soledad, el rechazo inconsciente a lo nuevo, la añoranza, la frustración permanente, el miedo al fracaso” (Camacho, 2015, p. 10), porque estas “son las figuras emocionales que acompañan al desarraigo” (Rodríguez, 2012, p. 64).

Dejar atrás el hogar de manera forzada implica no solo una pérdida material, sino principalmente una pérdida afectiva, la desaparición de puntos de referencia y de seguridad frente a la inmensidad del mundo. Surge entonces un proceso de duelo y la necesidad de adaptarse nuevamente al mundo. El refugio, ese lugar que solía ser el hogar, permitía que los seres humanos pudieran tejer no solamente relaciones geográficas, sino sobre todo humanas. La casa construía al ser. Y el ser, desde su casa, creaba su propio mundo, su universo. Abrir la puerta de su casa para recorrer el mundo, le daba la posibilidad de encontrarse con otras cosas, pero volver y cerrar su puerta para reencontrarse después, era fundamental para entender lo que le identificaba. Perder la casa amada de manera definitiva y forzada es pues, perder también las raíces.

Una vez que los/las participantes habían construido y habitado en sus casas, se les pidió que la abandonaran por las razones que cada una/o escogiera. Ahora era necesario salir de ella, alejarse y si lo querían, podían llevarse una sola cosa. Adicionalmente, no tenían mucho tiempo para irse.

Cuando se les pidió esto, los cuerpos cambiaron y la apacible atmósfera instaurada durante el ejercicio anterior se llenó de melancolía. Los participantes miraban sus casas imaginadas sin querer abandonarlas, sus cuerpos ya no fluían como antes. Se negaban a salir y dejar ese espacio de ensueño que habían construido por más de media hora. Además, se escuchaban algunos llantos musitados, pues las raíces que allí se habían plantado, debían ahora cortarse:

Cuando dijiste que había que echar raíces, yo me planté con ese espacio, pero cuando dijiste que debíamos irnos, a mí me dio mucha rabia. Yo no me quería ir. No quería llevarme nada material, lo que tenía allí era más afectivo. Si me llevaba un objeto, no era suficiente. Yo quería el lugar total, los recuerdos. Tal vez me hubiera llevado un poco de tierra, o la ventana, pero un mueble, no. (Relato de participante).

De acuerdo con Sánchez, “la figura del desplazado parecería ser la que más dramáticamente encarna nuestros desarraigos, nuestra imposibilidad de encontrar un punto fijo, un despegue cierto a un futuro determinable. El desplazado con su memoria rota es la evocación permanente de nuestra inestabilidad” (Sánchez, 2009, p. 69). El siguiente testimonio de una de las participantes del taller ilustra muy bien el desarraigo que se vive cuando se es desplazado:

- Eso lo conozco, pues yo lo viví. A nosotros nos desplazaron de nuestro pueblo y ya nos habían desplazado antes del pueblo de mi mamá, así que ya habíamos perdido también ese lugar. El recuerdo de niño es muy distinto al del adulto. . . Mi mamá nos mandó para la ciudad a mi hermano y a mí para salvarnos. Yo no entendía por qué teníamos que vivir en una casa que no era la nuestra. Mi mamá se había quedado en el pueblo para trabajar, así que ya no estaba ella con nosotros. Ya

no había el hogar. Yo no pensaba en la guerra, no pensaba en lo que mi madre debió vivir, en peligro, sola, sin nosotros. Pero cuando uno crece, se da uno cuenta de lo que tenemos que vivir en este país, es un ejercicio que es solo nuestro. . . En estas circunstancias no hay dónde estar. A veces uno se desborda porque duele ver lo que viven también otras personas. Eso duele más. Cuando pienso en lo que mi madre debió sufrir, eso duele más. (Relato de participante)

Simone Weil planteaba que echar raíces es para el ser humano una necesidad importante, porque le permite constituirse como un ser de permanencia, de trascendencia y de pertenencia a un lugar, a una cultura, a un país, a una familia. Sin embargo, esta necesidad es frecuentemente ignorada, porque la sociedad actual no está en capacidad de darnos lo que naturalmente necesitamos. Esto se debe a que las necesidades materiales, intelectuales, afectivas, espirituales en nuestro mundo actual, no se satisfacen tan fácilmente. En efecto, los medios “naturales” y las naciones del mundo contemporáneo son difusas, debido a la homogenización del mundo globalizado y a sus fuertes contrastes económicos (Camacho, 2015). Esta situación causa que las/los ciudadanos/as tomen la decisión de buscar satisfacer sus necesidades de arraigo en un lado y en otro: para educarse, para alimentarse, para sanarse, para escapar, para salvarse, para conocer y reconocerse, para trascender, para aventurarse a nuevos caminos, para trabajar o buscar lo imposible en un lugar o en otro: “La raíz para mí fue muy importante. La raíz que es tan pequeña... pero tan poderosa cuando se conectan entre ellas. En ese lugar me sentía enraizado, extraer la raíz lo sentí en mi cuerpo” (Relato de participante).

Cuando las raíces se pierden, es como si nos arrancaran una parte del cuerpo, pues desaparecen las conexiones históricas entre el presente y el pasado del individuo. Las raíces permiten el contacto con los que estuvieron antes que nosotros, a través de las costumbres, de la lengua, de

los valores que nos heredaron. Las raíces nos conectan también con el territorio, con la tierra. Por ello, cortarlas de manera forzada es un acto violento contra el sujeto, contra su historia y la de los suyos. La identidad se pierde y, por tanto, se tiene la sensación de perderse a sí mismo: “Uno no tiene que vivir el desplazamiento para entender lo que significa perder un espacio que uno ama, en el que uno está bien” (Relato de participante).

En efecto, perder la casa, el lugar de acogida de la infancia, es una experiencia que los adultos en general han experimentado, y muchas/os niñas/os en nuestro país. El recuerdo de esa pérdida contiene cierta dificultad de orientación: “Cuando empecé a caminar no encontraba cómo volver a encontrar ese paraíso que tenía, no pude” (Relato de participante). La imposibilidad de encontrar ese “paraíso” perdido es consecuencia de la imposibilidad, para quienes sufren el desplazamiento forzado, del regreso al lugar del que tuvieron que huir, por lo menos inmediato. Cuando se coarta la libertad del ir y de venir, del partir y regresar, se trunca la existencia; perder su casa es perder su mundo y lo que se es en el mundo:

- Esa casa que construí era mi infancia. Un lugar modesto y en el que estaba con mi perro, con algunos juguetes, había un manzano y el arbusto de uchucas . . . Hoy volví a tener ese lugar, yo estaba ahí en ese lugar. Hoy tuve conciencia de haber sido feliz ahí. Ese lugar existe aún, pero ya no es nuestro. ¿Qué se puede uno llevar de ahí? Lo quería todo, pero no se podía. Terminé por llevarme la alegría. Lo feliz que había sido allí. (Relato de participante).

Este testimonio demuestra que hay quienes, al no poder regresar a su casa, se permiten a sí mismos encontrar otras maneras de existencia. El existir, el poder continuar hacia otro lugar, significa que, aunque se haya perdido lo material, los componentes de su ser no han sufrido la misma pérdida. Se anhela lo que se tuvo, pero no por eso

se pierde lo que se es en su totalidad. La alegría de haber tenido una infancia feliz es lo que le sostiene en donde quiera que esté. Con esa alegría se permitió renacer en otro lugar, en otra época, en otro territorio. Lleva consigo las fortalezas y las capacidades propias de re-hacerse: “He descubierto que yo misma soy mi hogar”, agregaba otra participante.

Ejercicio 5. Reconstruirse en Otra Parte

Una vez que los participantes se separaron de los lugares en donde habían construido su primera casa, su casa soñada, se les instruyó a observar nuevamente el espacio y encontrar otro lugar en el que quisieran enraizarse. Debían buscar nuevas formas, colores, olores, materiales de construcción. Sin embargo, lo que se evidenció en general es que después de experimentar una pérdida, queda el temor a que se repita y nada vuelve a ser igual.

- Cuando tenía que elegir otro espacio yo no quería otro lugar. Era muy difícil porque en el primer lugar lo tenía todo. Al tener que irme y construir otra vez sentía soledad y me decía y ¿si lo vuelvo a perder qué hago? (Relato de participante)
- Yo ya había construido un ventanal muy grande por el que podía ver todo mi lugar, pero ver otro lugar a través de él, no era lo mismo. (Relato de participante)

Ante la pérdida, también hay quienes crean estrategias para que el sufrimiento se atenúe:

- Yo construí mi casa con el material de viento. . Fue muy encantador. Haberla construido de viento era muy bueno porque se la puede uno llevar a donde quiera. La preocupación que surgió fue cómo ponerle el color, pero unas lucecitas fueron mi mejor estrategia. Fue interesante el viento, en otro material se hubiera destrozado. (Relato de participante)

- Mi casa también era de viento y además de canela para poder sobrevivir al mundo con personas que no te cuidan y que no cuidan tu espacio. La canela da el sabor, la canela eres tú, es ella la que da el aroma. Con la canela das el aroma y respiras. La canela me permitía poderme desplazar por el espacio. (Relato de participante)

Otro aspecto que vale la pena señalar es que la vitalidad no es necesariamente proporcionada por tener una casa. El dolor por tener que irse sin poder regresar genera también un desprendimiento que se convierte en un halo de sobrevivencia:

- Yo he perdido mi casa por lo menos seis veces en mi vida. Así que no traje nada de la casa primera que construí en el ejercicio. Lo único que sé es que estoy viva porque respiro, porque la sangre corre por mis venas y eso es lo que tengo que hacer, respirar, nada más. (Relato de participante)
- Enraizarme allí en el otro lugar, no lo sentí. Pero llevaba conmigo un material: el músculo de mi corazón. (Relato de participante)

El abordaje del tema del desarraigo con personas que han sido vulneradas o están en situación de vulnerabilidad no debe enfocarse únicamente en la dificultad que implica sobrellevar el desarraigo. Se trata de reconocer y fortalecer las habilidades y recursos propios que les permitan afrontar la experiencia de desarraigo de tal manera que puedan vivir con él.

Ejercicio 6. De Regreso a Mi Hogar

Como cierre de esta primera parte del taller, se invitó a las/los participantes a regresar al primer espacio donde habían construido su casa soñada. Se les pidió que intentaran recuperar lo que allí se había sentido cuando ese era el lugar que habitaban. No obstante, se hizo evidente que las cosas ya no eran como antes:

- Al regresar de nuevo al primer lugar, mi percepción ya había cambiado. Ya no era el mismo lugar. Yo ya lo había dejado, estaba abandonado, nada era igual. Ya no era tan cálido como lo había dejado. Ahora era frío. Así que era muy difícil estar de nuevo ahí. Yo ya no era ni de aquí ni de allá y eso lo conozco, pues yo lo he vivido. (Relato de participante).

Durante el taller, se escucharon testimonios de aquellos que han logrado encontrar en el desarraigo una forma personal de existencia, incorporándolo como parte de sus historias de vida y de su forma de relacionarse con el mundo. Sin embargo, también se evidenció que hay personas que todavía vagaban sin encontrar un nuevo territorio donde establecerse y arraigarse nuevamente: “Para mí, el desarraigo es desasosiego. Es muy triste”. (Relato de participante)

Para terminar el taller, se propusieron algunos ejercicios de aproximación a la escritura con el fin de encontrar formas de expresión, a través de palabras o dibujos. Este ejercicio permitió entender cómo las formas de desarraigo, se dejan descubrir, percibir, ver, ¿qué dicen?, ¿cómo lo dicen?

Ejercicio 7. Hacia La Escritura De Textos

Escribir permite abrir paso al imaginario, al recuerdo y al desencadenamiento de sucesos que cuentan historias ya vividas o reinventadas. Además, fomenta la generación de emociones que se van organizando a través de la coherencia del pensamiento, brindando claridad al momento de escribir. A través de la escritura, se puede generar un juego entre diversas personas y situaciones, ya sea al encarnar a uno mismo u otros personajes que pueden evocarse en el aquí y ahora del acto de escribir. En la invención de historias o en la descripción de sensaciones, se construye un marco ficcional que, a la vez, se siente real.

Primer acercamiento: Imágenes que despierten sensaciones.

En esta parte, como tallerista propuse, a través de diferentes fotografías que yo misma había tomado o que hacían parte de mis propios procesos de creación, puntos generadores de escritura automática. Las imágenes fueron diversas, desde raíces y paisajes a casas o lugares destruidos. A continuación, se presentan algunas de ellas:



Figura 1. Imágenes para escritura automática. Fotografías por Camacho López.

Por cada fotografía proyectada, cada participante era invitada/o a escribir, de manera automática los sentimientos, las ideas que le causaba verlas. Algunas palabras y frases que nacieron de esta actividad fueron las siguientes:

- Lo que me llevo, lo que voy dejando, lo que no me han dejado.
- Lo que se derrama y deja huella. Llorar.
- Todo llega y pasa.
- El tiempo transforma.
- ¿Dónde he estado, de dónde me he ido?
- No me detengo.
- Los que ya no están
- guardar perforar
- llevar atornillar
- empacar clavar
- acomodar colgar
- reubicar
- Allí, el lugar que nadie quiere recordar

De esta manera, hubo una gran diversidad de frases y de palabras, los dibujos, los trazos, fueron también importantes para algunos/as:

Después de observar las fotografías, se les solicitó a los participantes que, basándose en esas sensaciones, dibu-

jos y palabras escritas, crearan un breve texto que podían leer o no a sus compañeros/as al finalizar. Se tomó como ejemplo la historia “Duplicación” de la obra teatral *Labios de Mariposa*, la cual también fue un proyecto de escritura de mujeres en desarraigo y mereció la Beca Nacional de Dramaturgia del Ministerio de Cultura en 2014.

Los siguientes son algunos apartes de las escrituras de los/las participantes:

- Me deslizo entre los árboles, esta selva es mi lugar cómplice, húmedo, tupido, lleno de vida. No tengo una única casa, el tránsito entre un lugar y otro también es mi casa. Mi casa no tiene límites no porque no existan sino porque la selva, esta selva, tampoco los tiene, se juntan, mezclan y funden con esta piel. (A.L.)
- Había transitado por las mismas callecitas durante más de veinte años. Conocía tantos espacios y rincones, callejones y atajos. . . Conoció los huecos de los senderillos, los baches de los pasillos, los corredores y balcones, los expendios y cuarteles. . . las guerras de este y de aquel. Al tendero, al barrendero, al loco y hasta el que sabía más por ahí. Sin embargo, nunca me sentí de acá.

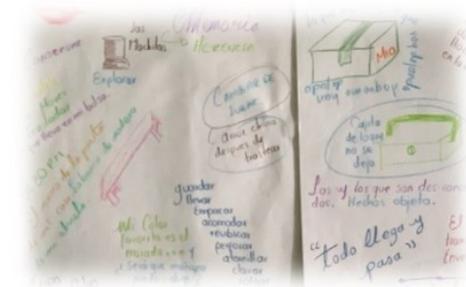


Figura 2. Dibujo de participante

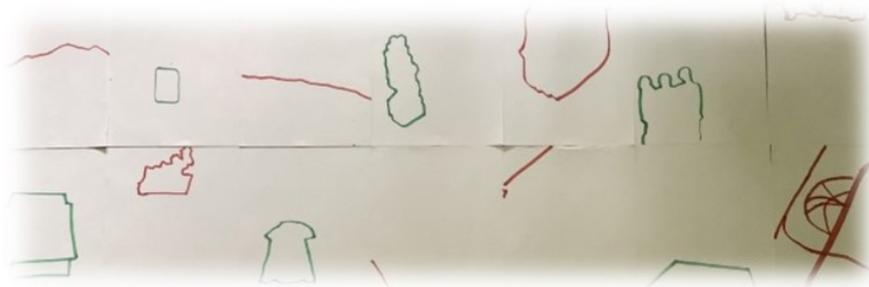


Figura 3. Dibujo de participante

De estos textos queda la imagen, la poesía, la palabra que nace de lo íntimo, que se vuelve bella a pesar de los cansancios que dejan los viajes y los días. Ellas cuentan historias, recrean sucesos que se graban en el papel como testimonio vivo de lo que en este taller sucedió.

A Modo de Conclusión

Luego de hacer este recorrido por el taller, vale la pena preguntarse sobre los desarraigos que viven las personas en situaciones de desplazamiento: ¿cuáles son las raíces nuevas que pueden ir naciendo?, ¿qué nutrientes nuevos se encuentran en ese territorio ajeno al que se llega, para alimentarse a través de esas nuevas raíces?, ¿la sociedad a la que llegan los desplazados estaría en condiciones de satisfacer esa necesidad?, ¿ellos a su vez tendrían necesidad de que les permitan colmar esa necesidad?, ¿necesitan de su sentido de pertenencia? En caso de que llegasen a aparecer nuevas raíces, o si surge necesidad de tejer las nuevas con las antiguas, para plantarlas juntas en ese nuevo lugar ¿qué formas tienen? ¿cómo se han transformado las personas para originar esas nuevas raíces?

En esas formas nuevas y anteriores, en ese tener o no raíces, en ese querer o no tenerlas, ¿los desplazados tendrían la posibilidad de reencontrar en otros territorios, lugares para socavarse y replantarse de nuevo cuando lo quieran hacer? Aunque hay quienes aún con sus raíces desterradas han logrado llevarlas consigo, manteniéndolas al aire y sentir que son el viento y el mundo los territorios que les “enraízan”, ¿cómo logran conexiones humanas necesarias de afectos y relaciones con el mundo?

Ante todas estas preguntas, surge una reflexión: independientemente de que cada ser humano asuma su desarraigo según sus necesidades y capacidades, e incluso aunque no quiera volver a enraizarse, no por ello debe olvidarse lo que Simone Weil llama “la noción fun-

damental”, la de ver al otro como un ser de su misma naturaleza y, por lo tanto, sentirse *obligado* hacia él (Weil, 1996, p. 2). En ese sentido, nacen las preguntas sobre las obligaciones que como sociedad se tiene hacia los que lo han perdido todo y han tenido que desplazarse de manera forzada. Y si bien es crucial también hablar sobre las obligaciones que los desplazados adquieren con las sociedades que los acogen, es necesario crear los medios para cumplir con esas obligaciones mutuas. En consecuencia, emerge la necesidad de desarrollar procesos en los que se tejan relaciones de recíproco respeto.

La figura del desarraigo puede percibirse como liminal, como en el borde, debido a que quienes lo experimentan sienten que están aquí, al mismo tiempo que allá, incluso llegando a sentirse de ninguna parte o de cualquier parte. Sin embargo, las sociedades a las que ellos llegan deben reconocer sus rostros, su humanidad, sus necesidades, sus dolores y afectaciones. En esos reconocimientos se podrán generar acercamientos, o a lo mejor lazos de empatía, para entablar diálogos y mecanismos que permitan solventar las necesidades materiales e inmateriales fundamentales de todo ser humano.

Referencias

- Aguilar Rocha, I. (2012) *La casa, el sí mismo y el mundo: un estudio a partir de Gaston Bachelard*. Universitat de Barcelona
- Camacho López, S. (2015). *Poéticas del desarraigo: la palabra y el cuerpo en las dramaturgias femeninas contemporáneas*. IDARTES.
- Neira Fernández, C. (2009). *Voces del desarraigo. Categorías estéticas para un análisis de poesía*. Colección Cuadernillos. Serie Memoria Viva. Universidad Sergio Arboleda.
- Pezin, P. (2002). *Le livre des exercices à l'usage des acteurs*. Paris: Les voies de l'acteur. L'entretemps.

Rodríguez Pérez, M. A. (2012). El desarraigo y la crisis educativa. Revista *Científica-FAREM Estelí / Reflexiones*, 1(1). Managua

Sánchez, G. (2009). *Guerras, memoria e historia*. La carreta editores.

Weil, S. (1996). *Echar raíces*. (Trad. Juan Carlos González Pont y Juan Ramón Capella). Trotta.

Weil, S. (1962). *L'enracinement: prélude à une déclaration des devoirs envers l'être humain*. Gallimard